Otra lectura de Espacio: temas y símbolos

En esta ponencia quisiéramos señalar que *Espacio,* el largo poema en prosa, llamado "autobiografía lírica", de Juan Ramón, parece contradecir el idealismo predominante de la segunda época de nuestro poeta. Es decir que en nuestra opinión, *Espacio* nos obliga a una reevaluación de la trayectoria ideológica juanramoniana.

Primero, para probar la complejidad del poema, vamos a comentar brevemente cambios que se encuentran en su visión de la mujer y del alma.

Segundo, para mostrar la densidad del texto analizaremos algunos de los símbolos asociados con la muerte, símbolos a los que vuelve continuamente la imaginación poética en *Espacio.*

Estamos acostumbrados a pensar en la poesía de Juan Ramón Jiménez como una en la cual el amor y la mujer son idealizados y en la que "la desnudez" se convierte en el símbolo de la belleza suprema.

Una de las voces del poeta, la que llamaremos "idealista", ciertamente mantiene este punto de vista a través de todo el texto. En el primer "Fragmento" leemos: "¡Amor, contigo y con la luz todo se hace, y lo que haces, amor, no acaba nunca!"

Por otra parte, un yo menos exuberante proclama en el tercer "Fragmento": "Y Otelo y Desdémona será lo eterno". Creo que estamos culturalmente condicionados para considerar el amor de Otelo y Desdémona como trágicamente imperfecto. Además, las únicas otras relaciones amorosas a las que alude el texto son las de Eloísa y Abelardo, Adán y Eva, y Ofelia; todas ellas intensas pero finalmente condenadas al fracaso. Este yo, comparativamente reprimado y pesimista, que llamaremos "realista", al censurar el tratamiento de Abelardo para con Eloísa afirma: "Hombres, mujeres, hombres hay que encontrar el ideal que existe".

Permítasenos sugerir, por lo tanto, que uno de los *yos* en *Espacio* está absorto en acomodar una realidad distinta. Pero, ¿diferente de qué? Nosotros lo vemos como diferente del Juan Ramón Jiménez de la segunda época, de aquel "yo" de 1916 a 1936 que se encerró a sí mismo en un estudio en Madrid para concentrar toda su energía en su obra. Al trasladarse a Norteamérica en 1936, ese "yo" deja de dominar y un "yo" más "realista" comienza a percibirse.

En nuestra opinión, es este "yo realista" el que tiene la última palabra en *Espacio*. La metáfora final de este texto concierne el deseo del amante de besar a la amada, pero expresado en términos del deseo del cuerpo de besar el alma antes de que esta última lo abandone para siempre. La imagen, que también está en Quevedo, lleva a su fin el leitmotif Otelo-Desdémona. Las últimas palabras de Otelo en Shakespeare son: "I kiss'd the ere I killed thee: no way but this;/killing myself, to die upon a kiss". La versión de Verdi, una frase memorable, "un baccio, un altro baccio", es también la que lleva la ópera a un intenso final. Sugerimos que esta metáfora significa que el amante, el artista, hombre de carne y hueso, ruega a la amada, a la belleza eterna, el alma pura, a Dios, lo que sabe que pronto le será negado. De ahí que, aunque las mismas palabras abren y cierran este largo poema en prosa, encontramos el tono al final extremadamente diferente al tono inicial: cierto grado de desafío y optimismo da paso a un agudísimo patetismo.

Pasemos a nuestra segunda proposición. La poesía de Juan Ramón Jiménez es el producto de un artista supremo, un artesano, que está seguro de que la perfección de sus poemas crea una obra que es capaz de eternizar a su creador. Como dijimos antes, están presentes en este texto la voz "idealista" que pretende estar en contacto con "la música" y "el canto" inefable, y que sostiene el "ritmo", todo lo que "el pájaro" continúa simbolizando.

No obstante, en contrapunto, se escucha un "yo" incrédulo, casi escéptico, que descubre que su pensamiento y su técnica pueden transformar las inocentes flores en símbolos fálicos y que grita: "Y el idioma, ¡qué confusión!, qué cosas nos decimos sin saber lo que decimos". Amor, amor, amor (lo cantó Yeats), "amor/en/el lugar del escremento" (25:58). Sugerimos que en estas líneas, el "yo idealista" está aterrorizado por el hecho de que "el significante" no ha podido delimitar ni controlar los parámetros del significado. Un "yo" incrédulo observa que el idioma puede jugar sus propios juegos, que no necesariamente han sido previstos por su creador.

Me parece que estas líneas extraídas de *Espacio* constituyen una de las pocas ocasiones en la obra de Jiménez donde la duda en el poder de la palabra poética se expresa abiertamente. Hay otros casos en el *Diario*, escrito 25 años antes, cuando una vez más el poeta se halló liberado del ambiente de Madrid.

Nuestra tercera proposición es que el poema de Jiménez rescata el momento de belleza, de epifanía, del inexorable paso de la vida; destierra la muerte y el fluir del tiempo.

Mis comentarios al respecto están dirigidos hacia aquellos signos que indican plena conciencia de lo inevitable de la muerte. Primero, el árbol, luego el mar; sin embargo, la discusión del mar requiere un comentario sobre el concepto "Destino" y sobre los símbolos "perro" y "cangrejo".

La muerte aparece por primera vez en *Espacio* conjuntamente con un árbol en una descripción de "los robles melenudos... con colgados de telarañas fúnebres" que es la respuesta de Juan Ramón a las encinas norteamericanas que vio camino a la Florida. La imaginación poética pasa de inmediato a la

descripción de un árbol en el desierto; en cuyo tronco hueco un cuervo cuelga de su ala, mientras que el resto de la bandada espera para devorarla. Después de hacer incapié en este emblema mitológico, la imaginación contempla un árbol a la orilla de un río y más adelante, el pino de Fuentepeña.

La muerte oscila entre árboles secos y árboles que florecen; la escasez alterna con la plenitud. Los árboles comienzan a significar la existencia de fuerzas contrarias: muerte y vida, lo real y lo imaginario, el pasado y el presente, lo exterior y lo interior. En lo que a esto concierne encontramos el árbol en *Espacio* distinto de aquellos que aparecen en el resto de su obra. Para ser polémicos podríamos añadir que en la primera época el árbol está asociado con la muerte: "los troncos muertos" de *Pastorales* "camino de Pueblonuevo". En la segunda época el árbol es la plenitud del amor, la vida y el trabajo: "Alrededor de la capa/del árbol alto,/mis sueños están volando".

Cuando el árbol reaparece en *Espacio,* las dicotomías de opuestos están todavía presentes. La imaginación lo ve primero como un árbol en el invierno, con el verdor bajo sus raíces; y segundo como "un tocón, a la orilla del mar neutro; arrancado del suelo, era como un muerto animal;/... sus arterias cortadas con el hacha, echaban sangre todavía".

Por un lado está el reconocimiento de que otros seres anteriores han vivido sus vidas; esto se une a una fuerte sensación de reciente esterilidad, a la vez espiritual y psíquica. Por otra parte, sin embargo, aunque con una voz mucho más enmudecida, el "yo idealista" imagina la gloria futura: "Troncco de inverno soy, que en la muerte va a dar sí la copa doble llena que ven sólo como es los deseados:" Cabe señalar que lo que hemos denominado el "yo realista" no desplaza al "yo idealista" en este texto. La imaginación intenta comprender ambos puntos de vista. Esto difiere bastante del Juan Ramón de la segunda época donde el "idealista" es siempre predominante y usualmente desplaza al "realista".

Hicimos notar antes que el árbol era simbólicamente yuxtapuesto a un mar neutro. De hecho, es en el simbolismo del mar donde se desarrolla la confrontación del poeta con la muerte. El adjetivo "neutro" aplicado al mar alerta a los lectores de Juan Ramón sobre un cambio fundamental; y, ciertamente, en el primer "Fragmento" descubrimos que el mar es la muerte: "el mar, más muerte que la tierra, el mar lleno de muertas de la tierra". Esta es la visión del "yo pesimista". No obstante, a lo largo del primer y segundo "Fragmento" el idealista inveterado, recordando el impacto positivo del mar, regresa a él preguntando: "por qué he nacido", "por qué he vivido".

Sólo en el tercer "Fragmento" se logra una visión sintética del mar, y el texto procura distinguirlo de otros mares anteriores. Es "mi mar tercero", y de los tres el único que luce completamente verde, color que es indicativo de su fertilidad. La realidad se trataba del Océano Atlántico del Sur; el Atlántico del Norte, "verde, gris, negro", era el primero y el Mediterráneo, "azulazulazul", el segundo mar.

Navegando en "mi mar tercero", el poeta se abraza con un concepto que

llama "Destino"; éste parece satisfacer sus "yos" en oposición. Se argumenta que ese "Destino" existe mucho antes del origen de la palabra (St. Juan 1. v. 1). Es un concepto todopoderoso que el poeta acepta y en imágenes marítimas expone: "Levo mi ancla, por lo tanto, izo mi vela para que sople El más fácil con su viento por los mares serenos o terribles, atlánticos, mediterráneos, pacíficos o los que sean, verdes, blancos, azules, morados, amarillos; de un color o de todos los colores". El yo poético se rinde al fluir de los distintos mares y distintos "yo"'s, de los diferentes colores e ideales; acepta y afirma el fluir dionisíaco de la vida.

El texto entonces recuerda aquellas ocasiones en las que el poeta casi fue matado por un carro, un avión, una bala —sucesos que ocurrieron, dejando un "yo" que el texto llama un "nosotros"; signo de integración, diríamos.

La condición de este "yo" es visualizada como "una pesadilla náufraga o un sueño dulce, claro, embriagador" (37:90). El nuevo yo, que acepta el "Destino" sobrevive naufragios y bonanzas, domina lo áspero con lo suave, sabe que algunos yos se desploman y otros prosperan. Esta visión de cambio, proceso, de la muerte espiritual como un constituyente del vivir, es característica de "mi mar tercero".

La experiencia subsiguiente es "mi tercer ritmo", un "ritmo vejetativo", en consonancia con el verdor del mar, en el cual notamos que los 5 sentidos del poeta están metafóricamente fundidos con los 4 elementos tradicionales en un estado de entusiasmo total (en el sentido etimológico de la palabra). La implicación poética se cumple. Es este mar el que bautiza y da vida.

Por medio de esta experiencia, desde las profundidades de lo que se denomina "mi ámbito de abismo" y desde los "festones de mi propio ámbito interior", el texto anuncia el nacimiento de un segundo yo tan vital, creativo y ágil, como el viento sobre la ola. "Y éste era el que hablaba, que mareo, éste era el que hablaba, y era el perro que ladraba en Moguer en la primera estrofa". Es el grito que concluye esta secuencia del texto.

La narración de la muerte en *Espacio* procede a emplear los símbolos del "perro", "el sol" y "el cangrejo". En nuestra lectura del poema, "el perro" y "el sol" funcionan de la misma manera que "el árbol" y "el mar". Como símbolos son plurivalentes y multisémicos, es decir que pueden responder a todas las facetas de las experiencias cumbres que hemos intentado describir, en las cuales el "yo idealista" y el "yo realista" se integran: lo interior con lo exterior, lo real con lo imaginario, el pasado con el presente, lo positivo con lo negativo, eros con tánatos.

"El perro que ladraba en Moguer en la primera estrofa" estaba en realidad ladrando en Miami, pero el "yo idealista" lo escucha ladrar en Moguer, Sevilla y Madrid. El idealismo extático anula las límites espaciales y temporales y condensa la totalidad en una profundidad actual. "Soy animal de fondo", afirma en otro texto. En cuanto al perro que ladraba al sol, ello representa lo negativo en ascendencia. En el folklore este evento se considera ominoso. En el contexto de la obra de Juan Ramón, el sol es la plenitud del amor, del

trabajo y del ser. En *Espacio,* por ejemplo, un momento de belleza absoluta y de realización total se experimenta como un instante en que el sol y la luna brillan en el cuerpo del poeta; en el peor momento, él se imagina una luna que es mero reflejo de la luz solar. Por lo tanto, el perro que ladra al sol sugiere la lucha de las fuerzas contrarias, pero no el triunfo de lo negativo.

Hasta este punto vemos que la visión lograda en *Espacio* es una de antagonismo creativo. Todo lo que es positivo en la vida, el amor, el trabajo, pueden realizarse plenamente junto a su contrario, junto a todo lo que le es negativo. Sin embargo, esa no es la visión final de *Espacio,* ya que el poema prosigue otras 100 líneas en una secuencia en la cual de acuerdo con nuestra lectura, el texto se desconstruye a sí mismo.

El poeta, de una manera quijotesca, ataca una horda de cangrejos que amenaza al sol. A diferencia de los símbolos que hemos discutido hasta ahora el cangrejo, en nuestra opinión, no había establecido una tradición en la obra de Juan Ramón. Es por ello perfectamente apropiado para actuar como un signo que hace referencia a todo aquello que hasta ahora la obra ha evitado. El texto extiende el alcance de "cangrejos" al referirse a ellos repetidamente como "los cánceres", lo que sugiere enfermedad, quizás, la última enfermedad siendo la muerte (y posiblemente la de Zenobia). El cangrejo se aplica al idealismo del texto, puesto que según la astrología el cáncer da entrada al verano.

En esta secuencia el poeta ataca al cangrejo más agresivo con "el lápiz de mi poesía y mi crítica" y trata de hacerlo oscilar en su órbita (i. e. trata de eternizarlo en su arte). Pero falla; por el contrario, lo aplasta bajo su pie hasta destruirlo. Esto resulta en el triunfo de lo negativo; el poeta experimenta la totalidad del vacío y del silencio. En esta última confrontación el poeta descubre un ser superior: "alguien mayor que yo y el nuevo yo" que perdura. El sol derrite el "yo" y el "nuevo yo", los convierte en sombra que desaparece en el mar donde se experimenta "revolución de un todo, un infinito, un caos instantáneo /.../" El sol y el mar se han vuelto negativos. La suma de esa experiencia es: "y en el espacio de aquel hueco, dios y yo éramos dos. Conciencia..." (43:318). El *espacio* final no es uno de integración sino de separación: "dios y yo éramos dos" no "uno". Esta es la visión del "yo, el tercero, el caído". El idealismo extático de "mi tercer ritmo" es punzado. El texto lamenta que aunque el alma y el cuerpo podrían originarse juntas, como ciertas estrellas, su trayectoria las condena a la separación. Lo mismo ocurre con lo que hemos llamado el "yo idealista" y el "yo realista".

Espacio, es pues, una visión trágica. En el poema se reconoce que el ser humano puede llegar al otro ser mayor que él y experimentar su otredad. Se observa también el encuentro de lo humano con lo divino, y se implica además que ello se logra a través del espacio único de la imaginación poética que en ciertos momentos de éxtasis combina todo lo que está significado en los términos "cuerpo" y "alma", mientras el poeta viaja ficticia y literalmente a través del vasto espacio del planeta. Sin embargo, y con esta idea concluimos, en este último espacio, el texto implica que el alma no es el cuerpo, ni el amado la

amante, ni el poeta esa eterna belleza que laboró tan intensamente para ofrecérnosla.

John Willox

Universidad de Illinois, Urbana.